

the postmodern mode or any other, it does not, and one wonders when Mendoza, who enjoys a well deserved reputation for novels such as *La verdad sobre el caso Savolta* and *La ciudad de los prodigios*, will understand this fact and decide to put his anonymous character and his travails to rest.

Brooklyn College and the Graduate Center
of the City University of New York

WILLIAM SHERZER

Felipe Benítez Reyes. *Escaparate de venenos (1996-1999)*. Barcelona, Tusquets, 2000, 174 pp.

Este nuevo libro de Felipe Benítez Reyes reúne poemas compuestos entre 1996 y 1999, agrupados en nueve secciones que emulan literalmente escenas de la vida interior, expuestas a modo de escaparates a la mirada del lector que recorre el poemario. Un Prólogo y un Epílogo inauguran y clausuran una textualidad desencantada y amarga, que enlaza con el ritmo pausado de la elegía las pasiones, los momentos, las experiencias de un vivir cotidiano, irreversiblemente urbano y contemporáneo.

En un deliberado gesto de complicidad con el lector Benítez Reyes abre su obra con la advocación de cuatro epígrafes (Marianne Moore, Lewis Carrol, Gonzalo de Lerma y Jules Laforgue) que convocan la imagen que da título al libro, verdadero leit motiv de este canto: el «veneno». El lector se ve arrojado a un ácido inventario de las pasiones humanas, que socavan como serpientes la utopía luminosa de la vida. Y en el centro de ellas, la meditación sobre el tiempo construirá un andamiaje conceptual que emblemáticamente convertirá los poemas en pequeños sorbos del veneno más cruel: el sinsentido existencial, la vorágine de la nada amenazando la memoria.

Una mirada entre alucinada y perpleja emerge desde un yo que se escamotea ante el lector, que cumple su rol de guía frente a este desfile de fantasmas, bufones, túneles abiertos en la noche y dioses inmisericordes. Si desde el prólogo el poeta nos invita al ejercicio inevitable de la memoria es para desnudarnos la imagen de un tiempo «como un perro que huye / enseñando los dientes» (13), tiempo que fatalmente «perdió su eternidad» (13).

La operación discursiva que hegemoniza el discurso reside en este letánico y mortal asedio a los fantasmas de un tiempo implacable, que transforma la vida en un «raro correr hacia la nada» (170), a pesar de que al final, en el poema titulado «Propósito de enmienda», ensaye una retracción «a favor del vivir —sea *eso* lo que sea—, / retando la locura del tiempo fugitivo» (169).

Las nueve secciones, numeradas y sin título distintivo, recorren los escenarios urbanos de una vida vuelta hacia su interior, empecinada en

rastrear en los venenos y antídotos de la existencia, sus precariedades y ambivalencias, sus pequeños sueños insuficientes y sus tormentos a escala cotidiana. Ciudades emblemáticas (Lisboa, Fez, Utrecht, París, Venecia, Nueva York, Bagdad o Amsterdam), tiempos existenciales (la noche, la duermevela, el alba y la mañana, el invierno o el verano), lugares recurrentes (el mar, el cine, librerías de viejo), espacios vivenciales (la infancia, los amigos, la Navidad), y por fin y a cada momentos los afectos, las pasiones, las experiencias que la vida nos depara (diablos y dioses, heridas y dolor, el presente y el pasado, el aquí y el ahora, el amor y el deseo, las formas de la eternidad y su verdugo, el tiempo).

En este paseo interior el poeta «sufre la vergüenza de su propia impostura» (144), queriendo retener vana pero tenazmente el mundo en «sílabas contadas», que irremediablemente borrarán «las olas» como «dibujos trazados en la arena» (144). Su «Poética» lo es de la memoria que en su constante trajinar escribe «la palabra *infinitud*» para «robarle al tiempo una porción de irrealidad» (145). Sorprende sin embargo el desconsuelo de esta mirada, herida por «la flecha del tiempo» (149), que transforma el acto poético en un «arañar con fiebre y con rencor/ en el cristal del tiempo un espejismo» (149). Los retazos del poeta que el lector recolecta sin poder recomponer de forma unitaria, quedan cristalizados al final de la lectura como «el rostro de un payaso ensangrentado» «que cada noche apuñala un mismo cuerpo» (154).

La poesía no logra recuperar su ancestral función de exorcismo; los venenos destilados por la vida y sus miserias hacen del cuerpo de poeta y lector un «escaparate» de «terrores invisibles, quimeras portentosas...» (157), para cerrar el libro con un expresivo lamento donde ambos quedan anudados:

Y en medio de ellos, tú, viendo a la muerte
 Comprar a bajo precio las quimeras
 Labradas cuando el tiempo no tenía
 La forma de este vértigo imparable
 En que todo sucede sin sentido
 Y sin sentido avanza hacia su fin,
 Fugaz como el relámpago y la rosa,
 Buscando eternidad mientras la pierde.

(pp. 173-174)

Benítez Reyes se ha convertido ya, como «nombre de autor» (al decir de Foucault), en un insoslayable referente de la poesía de las últimas décadas del siglo que se fue, abriendo en este nuevo con contundencia una apuesta por una «poesía abierta» (como oscuramente la soñó Blas de Otero). Abierta a la comunicación de una experiencia personal en clave social, abierta a formas que reescriben tradición y vanguardia con letras nuevas, abierta al encantamiento de un ritmo y una música de los que

nunca abjuró la mejor poesía española. La densidad conceptual no se reviste de culturalismos barrocos, sino de un acorde de metáforas hondas e imágenes plausibles, cobrando consistencia en una escritura entre meditativa y elegíaca. Quizás el mayor logro del poeta sea, al fin de cuentas y sin necesidad de alegatos autorreferenciales, la desnudez de una voz que dibuja en cada poema y para su lector trozos de vida hecha palabra donde ambos puedan comenzar a reconocerse.

CONICET – Universidad Nacional de Mar del Plata.
Argentina

LAURA SCARANO